

LA TERTULIA Y EL SABER

GABRIEL ZAID

Miembro de El Colegio Nacional

Reunirse para conversar en lugares públicos tiene una larga tradición mediterránea, remozada por el invento islámico del café. Se dice que el café empezó a tomarse en Etiopía, y a servirse en lugares públicos de La Meca, para atender a los peregrinos. De ahí pasó al Mediterráneo islámico en el siglo XVI y a toda Europa en el XVII, con tanto éxito que, en el XVIII, Bach organizó conciertos en los cafés de Leipzig y hasta compuso una *Cantata del café*. Curiosamente, hoy que Europa teme por su identidad ante el Islam, George Steiner declara que Europa será Europa mientras haya cafés (*The idea of Europe*).

El café y la prensa en el siglo XVIII crearon el espacio público donde empezó a manifestarse una sociedad civil que soñaba en la democracia griega. Muchas revoluciones literarias, artísticas, intelectuales, sociales y políticas surgieron de la animación de las tertulias, organizadas desde el siglo XV por lectores que se comunicaban sus lecturas, reflexiones y trabajos (las academias) y, desde el XVII, por una gran dama en su casa (los salones) o los parroquianos de un café. De ahí las frases burlonas: *componer el mundo en un café, revolucionarios de café*.

I. TERTULIA, ACADEMIA, UNIVERSIDAD

La tertulia es milenaria, pero la palabra *tertulia* es muy tardía: una singularidad de la lengua española, que pasó literalmente al francés, inglés, alemán. *Le Grand Robert* documenta *tertulia* en una traducción de 1776 que deja la palabra en español, aclarando que es una “reunión culta (*savante*) donde se comenta a Tertuliano”. En su *Diccionario crítico etimológico*, Corominas considera razonable la tesis del historiador del teatro español Adolf Friedrich von Schack:

El nombre *tertulia* aparece hacia la mitad del siglo XVII y sale desde entonces frecuentemente en las obras teatrales. Así se llamaban los palcos del piso alto, que antes habían llevado el nombre de *desvanes*, y en los cuales se sentaban, sobre todo, el público educado y la gente de Iglesia. Entonces estaba de moda estudiar a Tertuliano, y los sacerdotes en particular tenían la costumbre de adornar sus sermones con citas de sus obras, por lo cual se les dio humorísticamente el nombre de *tertuliantes*, y a su lugar el de *tertulia*. De estos palcos, a los cuales ya anteriormente se había dado el nombre honorífico de *desvanes eruditos*, salían los dictámenes a los que el autor reconocía más fuerza, como procedentes de hombres entendidos (1846).

Lo que empezó como una broma sirvió finalmente para referirse a una institución de la amistad y la opinión pública. La tertulia es una pausa de la vida que reflexiona sobre la vida, una reunión ociosa de amigos que comparten un palco sobre el mundo y opinan libremente. Puede ser filosófica, chismosa, educativa. Puede ser quejosa y rastrera o elevarse a una creatividad deslumbrante. La filosofía nace en las tertulias. Según Popper (*El mundo de Parménides*), la tradición crítica de las ideas empieza en el siglo VI a. C. en Mileto, una próspera ciudad portuaria en lo que hoy es Turquía, donde Tales fue el primer sabio que animó a sus discípulos a criticarlo. Pero, en Atenas, Sócrates fue más allá: expuso sus ideas en toda clase de reuniones, no tuvo inconveniente en ser escuchado por cualquier hijo de vecino, ni en criticar y ser criticado públicamente. Platón volvió a la tradición de limitarse a los amigos y discípulos. Su tertulia recibió el nombre del lugar donde se reunían.

Una floresta en las afueras de Atenas se convirtió en un parque público. Unos dicen que fue donado a la ciudad por el rico Academo. Otros, que estaba consagrado al héroe Academo. Según *The Oxford Classical Dictionary*, Platón vivía cerca. Según el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias, “por haber nacido en este lugar Platón, y enseñado en él”, “sus discípulos se llamaron académicos”. Hoy (1611), se llama academia “la escuela o casa donde se juntan algunos buenos ingenios a conferir”, y académicos “los concurrentes. Pero cerca de los latinos [academia] significa la escuela universal, que llamamos universidad”.

Samuel Gili Gaya (*Tesoro lexicográfico*) recoge esta equivalencia en otras dos fuentes de la misma época. César Oudin (*Tesoro de las dos lenguas francesa y española*, 1616), *academia*: “académie, université”. Richard Percival (*A dictionary in Spanish and English*, 1623), *academia*: “university. Plato school in Athens was first called by that name. Now every notable place of learning is so called”.

Cien años antes, Antonio de Nebrija (*Vocabulario de romance en latín*, 1516), dijo que *universidad* correspondía en latín a *universitas*, cuando se trataba de conjuntos de cosas, pero *gymnasium* o *academia*, cuando se trataba de lugares de estudio. Según Alfred Ernout y Alfred Meillet (*Dictionnaire étymologique de la langue latine*), *universitas* aparece con Cicerón, que probablemente inventa la palabra latina para traducir del griego *olotes* (conjunto), de donde viene *holístico*. Siguiendo este uso, en español, el conjunto de todas las plantas se llamó la universidad de las plantas.

Según Olga Weijers (*Terminologie des universités au XIII^e siècle*), en el latín medieval de fines del siglo XII, las comunidades de estudiantes extranjeros en Bolonia (*ultramontani*, que venían del otro lado de los Alpes) eran llamadas *nationes* o *societas*, pero empezaron a llamarse también *universitates*. Es decir, las mismas comunidades recibieron tres nombres que implicaban perspectivas distintas: origen (*nationes*), mutualidad (*societas*), conjunto (*universitates*).

Según el *Dictionnaire historique de la langue française* de Robert, *université* entró al francés en el siglo XIII con el significado de comunidad. La comunidad de maestros se llamó en latín medieval *universitas magistrorum* y luego simplemente *universitas* (1261), o sea comunidad. Más tarde, en provenzal, la comunidad judía de una población se llamó *universitat* (1385), o sea comunidad.

Según el *Oxford English Dictionary*, *university* entró al inglés en el siglo XIII. En el XVI, tuvo el significado de personas asociadas con algún propósito, y todavía en el XVIII Adam Smith recuerda que "All such incorporations [of trades] were anciently called universities. [...] The university of smiths, the university of tailors" (1776).

El *Diccionario de autoridades* de la Real Academia Española (1726-1737) da varias acepciones de *universidad*: "la colección y junta de todas las cosas criadas", es decir: el universo; "la colección que comprende todas las cosas de una línea: como la universidad de las plantas, de los hombres"; "el cuerpo o compuesto de los maestros y discípulos, que enseñan y estudian en algún lugar determinado y forman en él comunidad", así como el "lugar en que está establecido"; "la comunidad, junta o asamblea en que están adscriptos muchos para algún fin u oficio"; "los pueblos entre sí unidos, que tienen amistad y confederación". La penúltima acepción concuerda con Smith: se llamaba *universidad* a la cofradía o gremio, fuese de herreros, sastres, estudiantes o profesores. Jacques Le Goff (*Los intelectuales en la Edad Media*) subraya este punto: los gremios eran cofradías de comerciantes y artesanos que organizaban y reglamentaban el

mercado de sus servicios, y la novedad estuvo en hacer lo mismo para los servicios educativos.

El mismo diccionario da para *academia*: lugar “donde Platón enseñaba”; el “estudio general, dicho comúnmente universidad, donde se enseñan las ciencias y facultades”; la “junta o congreso de personas eruditas, que se dedican al estudio de las buenas letras [...] principalmente para la formación de los diccionarios de las lenguas”; “las juntas literarias o certámenes [...] para celebrar alguna acción grande”; las de pintura, escultura, música y otras artes liberales “donde concurren los profesores de estas facultades para conferir y adelantar lo que conduce a su mayor perfección y aumento”. Llama la atención que la segunda acepción coincide con la primera de *tertulia*: “La junta voluntaria o congreso de hombres discretos, para discutir en alguna materia”; “también la junta de amigos y familiares para conversación, juego y otras diversiones honestas”.

Al paso de los siglos, también se ha llamado *academia* a un dibujo del natural, realizado como ejercicio; a un concierto de música; a una escuela de corte y confección; a un experimento escolar para la enseñanza de la biología; a una tertulia en casa de Hernán Cortés; a un certamen para celebrar con arcos triunfales la llegada de un virrey. En francés, *académie* también ha tenido algunos de estos significados, y otros igualmente inesperados: ejercicio de equitación, manual que expone las reglas de un juego, casa de juego. Sin hablar de los peyorativos que aparecen el siglo XIX: *academic* (poco práctico) en inglés, *académisme* (falta de originalidad) en francés.

¿Cómo explicar tanta dispersión semántica? ¿Cómo explicar que *academia*, *universidad* y *tertulia* hayan sido intercambiables para ciertos significados? La explicación está en las muchas formas del fenómeno original: la conversación, especialmente la conversación culta, puramente oral. (También hay conversación culta, pero no oral, en la lectura; y conversación oral, pero no culta, en la vida cotidiana.) Con distintos aspectos. Una cosa es la reunión de los que conversan, otra el conjunto de personas que se reúnen, otra el lugar donde se reúnen, otra la actividad o propósito de la reunión y otra el organismo (si existe) que organiza las reuniones y representa la comunidad ante terceros; aunque el nombre de unas cosas se extienda a otras. También hay extensiones que derivan de las afinidades entre conversación, discusión, creación, investigación, experimento, ejercicio, educación, difusión, y la tendencia a que unas actividades lleven a las otras. A lo cual hay que sumar la evolución de las realidades nombradas, que no siempre genera nuevos nombres para

las nuevas realidades. Así se extiende el nombre que se venía usando para algo nuevo, o para algo afín, o para algún aspecto concurrente de la misma realidad.

En el griego del siglo IV a. C., se llama *Akademeia* a la tertulia de Platón. En el latín romano del siglo I a. C., aparece *universitas* para referirse a conjuntos. En el latín medieval del siglo XII, se extiende el uso de *universitas* a los conjuntos de estudiantes que se organizan como cofradías, y en el XIII también a las cofradías de maestros, o estudiantes y maestros. En el español del siglo XVII, aparece *tertulia* para referirse a la zona del teatro donde se sentaba el público conocedor.

Pero las realidades fueron apareciendo en otro orden. Primero fue la conversación reflexiva (la tertulia). Después, la cofradía que reglamenta y certifica estudios (la universidad). Finalmente, la recuperación burguesa de la conversación entre iguales (las academias, los salones, los cafés).

2. UNIVERSIDADES PLATÓNICAS

Los presupuestos multimillonarios que hoy tienen muchas universidades llegaron con una administración cada vez más consciente de las realidades financieras, el mercado, las relaciones públicas y la política. Las consecuencias negativas fueron anticipadas por Thorstein Veblen (*The higher learning in America. A memorandum on the conduct of universities by businessmen*, 1918) y confirmadas por Derek Bok (*Universities in the marketplace. The commercialization of higher education*, 2003), después de presidir la Universidad de Harvard.

Ambos critican, por ejemplo, el trato especial que reciben los deportistas universitarios, aunque apenas cumplan los requisitos escolares. No son como aquél tan ancho de omóplatos que fue llamado Platón, olvidando su nombre de Aristocles. Porque no se trata del deporte como ejercicio y recreo de los jugadores, en beneficio de su trabajo intelectual (*mens sana in corpore sano*), sino del espectáculo que exalta la identidad institucional. La euforia que produce un triunfo deportivo provoca llamadas de felicitación a las autoridades universitarias. En algún caso, provocó un homenaje en televisión, donde se examinó la trayectoria curricular del equipo y su figura principal: un dentista que había obtenido su “licenciatura en la universidad y su doctorado en el Real Madrid”.

¿Cómo entender el énfasis deportivo? ¿Qué comparte con la enseñanza y la investigación? La sinergia corporativa. Son actividades distintas, pero

el negocio es el mismo: la identidad, la marca, la legitimidad, que la institución vende y el mercado está dispuesto a pagar. Hasta los millonarios que no tienen interés en las cuestiones eruditas se identifican con las victorias deportivas de su alma máter, y la patrocinan. Para una trasnacional que patrocina investigaciones, un dictamen científico favorable, o cuando menos no negativo, vale oro. Y también valen mucho en el mercado las credenciales de saber expedidas por la universidad.

Hacia fuera, las universidades buscan dominar el mercado, poner sucursales y absorber o controlar instituciones y proyectos que refuercen su prestigio y poder oligopólico. Una gran biblioteca, un canal de televisión, la sede de un acto que salga en los periódicos, cualquier fondo presupuestal importante o proyecto de relumbrón, no deben ir a la competencia. Hacia dentro, el mercado se divide por cárteles. La pasión por el saber toma la forma de pasión territorial. No te metas en mi área. No promuevas proyectos que no te corresponden. El saber se define y se defiende como *turf*. Por eso, no abundan los proyectos multidisciplinarios. Los avances en las fronteras del saber se prestan a conflictos en las fronteras del poder. A menos que la zona de nadie se instituya como una nueva especialidad, que merece nombre, oficinas, laboratorios, personal y presupuesto propios.

Werner Jaeger (*Aristóteles*) afirmó que las universidades modernas “no pueden ver en Platón a su modelo”. La Academia platónica era una especie de comunidad contemplativa, un ideal de vida: la *bios theoretikós*. Siglos después, el platonismo tomó un giro religioso que influyó en los ideales de las comunidades monásticas, como subraya el mismo Jaeger en *Cristianismo primitivo y paideia griega*.

Harold Cherniss (*El enigma de la primera Academia*) buscó en las fuentes griegas a qué se dedicaba la Academia de Platón. Rechaza la “conclusión extrema de que la Academia era un culto místico”, sostenida por Ernst Howald; así como la hipótesis, sostenida por otros, de que “la Academia estaba constituida legalmente como un *thiasos* o fraternidad religiosa”. Pero confirma la posición de Jaeger. Los universitarios europeos “se han complacido en aplicar a sí mismos y a sus organizaciones” las palabras *academia* y *académico*, como si Platón hubiera sido un profesor universitario. Se burla de que los alemanes del siglo XIX creían que la “Academia era una especie de universidad alemana”; un “platonista francés describe la Academia en términos de una universidad francesa”; un inglés dice que se parecía a un *college* británico, “con su rector, investigadores y becarios”.

Las burocracias que hoy llamamos universidades necesitan diferenciarse de las otras con las cuales tienen afinidades: la Iglesia, el Estado, las trasnacionales, los grandes sindicatos. Usan el adjetivo *académico* para adornarse y legitimar sus proyectos, inversiones, actividades, nómina y presupuesto. Significativamente, el *Oxford English Dictionary* registra la primera aparición del neologismo *academia* (en inglés, para referirse al mundo universitario) en William H. Whyte, *The organization man* (1956): “Let’s turn now from the corporation to academia”. Pero los “organization men” del mundo universitario no fueron los primeros en apropiarse de *academia* como palabra legitimadora.

Academo y Tertuliano son nombres propios de los cuales derivan *academia* y *tertulia*. Los personajes, naturalmente, no hicieron la derivación, ni la registraron como propiedad intelectual. Pero *Akademeia* (a diferencia de *tertulia*, que siempre ha sido un nombre genérico) sí tuvo propietarios. Cuando murió Platón (347 a. C.), la Academia continuó a cargo de su sobrino Espeusipo, no de Aristóteles, y acabó convertida en una pequeña institución que, con transformaciones, duró casi un milenio: hasta que la cerró Justiniano (529 d. C.). Aristóteles puso academia aparte, pero con otro nombre (*Lykeion*, Liceo). Respetó el nombre de la Academia como una marca de la competencia, y fundó una institución paralela, también cerrada por el emperador bizantino.

La tertulia no es una institución de ese tipo: una persona moral, distinta de sus fundadores. Es una institución social, como el intercambio de regalos, pero no un instituto. Sin embargo, lo que empieza como intercambio de opiniones puede volverse otra cosa. La tertulia de los que discuten ideas se volvió iniciática con los pitagóricos y mercantil con los sofistas, que entrenaban a sus discípulos para hablar bien en público, argumentar y tener éxito en la vida, como hoy las universidades enseñan técnicas avanzadas de administración de credenciales para entrar por arriba al mercado laboral.

La tertulia de Sócrates fue contraria al espíritu iniciático y mercantil. La de Platón tuvo algo de iniciática y nada de mercantil. Buscó influir en la vida pública, y resultó influyente, pero es de suponerse que no necesitaba dinero, porque su actividad central era la discusión entre amigos que leían y escribían en su casa y por su cuenta. En cambio, el Liceo era un centro de investigación que reunía y estudiaba materiales documentales, libros, colecciones de plantas y animales. Por ejemplo: obtuvo y comparó las constituciones de 158 ciudades griegas. Esto requería patrocinio, y lo tuvo del general Antípatro, regente de Alejandro (ambos macedonios, como Aristóteles, que fue tutor de Alejandro).

Cuando Alejandro sacó a los persas de Egipto, fundó Alejandría (331 a. C.) como capital de un nuevo reino, a cargo de su general Tolomeo y sus descendientes (también macedonios). El proyecto político, urbano, portuario, militar, comercial, era una nueva Atenas, en grande y mejor. Su faro fue una de las siete maravillas del mundo. Bajo los primeros Tolomeos, Alejandría fue la capital comercial e intelectual de su época. La cultura estuvo a cargo de los discípulos de Aristóteles, que se inspiraron en el Liceo y su biblioteca para crear el Museo y una biblioteca como nunca se había visto. El Museo (o casa de las musas) alojaba los sabios de la casa real, generosamente sostenidos para investigar, escribir y conversar. Los Tolomeos (desde el primero hasta Cleopatra) acudían con frecuencia y participaban en las discusiones y banquetes. El *Mouseion* no era lo que hoy es un museo, aunque tenía colecciones de objetos, sino una especie de real academia; de igual manera que la biblioteca no era una biblioteca pública, sino la biblioteca de la casa real, con investigadores que reunían, cuidaban y estudiaban libros de todo el mundo, comprados o confiscados. De toda nave llegada a Alejandría, se requisaban los libros, para quedarse con aquellos que no se tenían, y entregar a los dueños una copia o compensación (Mustafá el-Abbadí, *La antigua biblioteca de Alejandría*).

Los primeros monasterios cristianos aparecen en el siglo III (cuando todavía existen la Academia, el Liceo y el Museo) en Egipto. Pero no en Alejandría, sino en el desierto. Lejos de la urbe, el poder y el lujo; en la extrema independencia, solitaria y austera de los ermitaños. Sin embargo, los solitarios, buscados como maestros por los que quieren seguir su ejemplo, acaban organizando redes de ermitaños y, finalmente, comunas. Bajo la regla de san Basilio (siglo IV), los monjes se entrenan como cristianos profesionales. Los ideales griegos de perfección (la *paideia* educativa, la *askesis* deportiva) se vuelven caminos de perfección evangélica: ascética y mística. La búsqueda monástica recibe el nombre de *philosophia* (Barbara Cassin, *Vocabulaire européen des philosophies*). El monasterio transforma el elitismo platónico de la *bios theoretikós* (la comunidad en busca de la verdad más alta) en elitismo espiritual (la comunidad en busca de la perfección cristiana). Prefigura la Ciudad de Dios, en la que sueñan los cristianos radicales, insatisfechos con la normalización del cristianismo, cuando deja de ser perseguido (313) y hasta se vuelve religión oficial, bajo el emperador Constantino.

Con san Benito (siglo VI), los monasterios pasan de la cristiandad oriental a la occidental. Son comunidades contemplativas, más platónicas que aristotélicas. Dan mucha importancia a la lectura, el canto, la

liturgia y la vida espiritual. Arraigan en parajes aislados y remotos, donde tienen que producir lo que necesitan, desde alimentos hasta copias de libros. Se vuelven polos de desarrollo agrícola, que acaban enriquecidos, porque consumen poco, trabajan mucho y reciben donaciones y legados de los señores feudales. Se vuelven polos de resistencia cultural, en medio de la barbarie que llega con las invasiones germanas.

La nueva *paideia* se extiende a los simples cristianos. Además de las escuelas internas para los novicios, los monasterios crean escuelas externas (elementales) para la población que empieza a vivir cerca. Esto se imita después en las ciudades, donde los canónigos (eclesiásticos de las catedrales que en parte viven como monjes) crean seminarios diocesanos y luego escuelas adjuntas. Pero las escuelas catedralicias no son elementales. Son, de hecho, el embrión de las universidades. La de Chartres estudia a los griegos (en latín, traducido del árabe), y ya en el siglo XII tiene la conciencia progresista de superarlos: "Somos enanos encaramados en los hombros de gigantes. De esta manera, vemos más y más lejos que ellos" (Bernardo de Chartres). "Nunca encontraremos la verdad, si nos contentamos con lo que ya se ha hallado" (Gilberto de Tournai). "Aprendí de mis maestros árabes a tomar la razón como guía", no las autoridades; pero la gente no quiere "admitir lo que parece proceder de los modernos. De modo que, cuando encuentro una idea personal", se la atribuyo a alguna autoridad, para que me crean (Adelardo de Bath). (Jacques Le Goff, *Los intelectuales en la Edad Media*.)

La rotación de cultivos, las mejoras en los arados y carretas, las herraduras, los molinos de agua y de viento venían aumentando la productividad en la agricultura y el transporte. Los monasterios y feudos empiezan a tener excedentes comercializables de un nivel hasta entonces desconocido, en cualquier parte del mundo. Esto favoreció el desarrollo de las ciudades como centros de intercambio (Lynn White, *Tecnología medieval y cambio social*). Con las escuelas catedralicias, aparece el mercado educativo: profesores que no viven de la Iglesia, ni de los príncipes, sino que cobran a sus alumnos, como los antiguos sofistas. Primero los estudiantes, luego los maestros y finalmente ambos, se asocian para pagar locales y bedeles, reglamentar la actividad educativa y las pruebas que hay que pasar. La Universidad de Bolonia, la más antigua de Europa (1088), es una cofradía de estudiantes, hijos de familias con dinero, que quieren colocarlos en la Iglesia y la corte. Es decir, los administradores y bedeles estaban subordinados a los estudiantes y profesores, no al revés, como sucede donde mandan los patrocinadores, la administración, los sindicatos.

Las universidades no descienden de la tertulia de Platón, sino de los seminarios eclesiásticos y el mercado, próspero en las ciudades medievales del siglo XII. Son cofradías religiosas, como todos los gremios artesanales, comerciales y de servicios que operan en el mercado y lo regulan. Compran y venden servicios educativos, aunque sintiéndose por encima de las otras cofradías. Durante siglos, después de que Justiniano cerró la Academia, el Liceo y otras instituciones no cristianas, no hubo más letrados en Occidente que los monjes y canónigos. Para revestirse de ese prestigio, los cofrades universitarios (que tenían fueros y privilegios eclesiásticos, pero no estaban obligados a hacer votos de pobreza, castidad y obediencia) se tonsuran y se hacen llamar *clericus*. Esto produce un desplazamiento en el significado de las palabras *clerici* y *laici*, que distinguían a los cristianos profesionales (los que hacían votos) de los comunes y corrientes. Con el surgimiento de las universidades, *clerici* y *laici* pasan a distinguir entre letrados e iletrados (Olga Weijers, *Terminologie des universités au XIIIe siècle*). En español, *laici* se desdobra en *laicos* y *legos*. En francés, *clericus* da dos significados de *clerc*: clérigo y letrado.

En el Renacimiento italiano, aparecen los letrados independientes que no se identifican con la universidad, sino con la tertulia de Platón. La toman como modelo institucional. Organizan academias, que llegan a tener más prestigio que las universidades. Tanto, que las universidades se hacen llamar academias. Ya en 1516, según Nebrija (*Vocabulario de romance en latín*), el centro educativo que en español se llamaba *universidad* podía llamarse en latín *academia*; un término que no aparece en la documentación del siglo XIII, según Weijers. ¿Qué había sucedido? Que Marsilio Ficino funda en 1452 la famosa Academia Platónica de Florencia, y la nueva institución entusiasma. El siglo XVI se vuelve “el siglo de las academias”: se fundan centenares por todos los países de Europa (Frances A. Yates, *Les académies en France au XVIIe siècle*). Los universitarios no pueden ignorarlo, y, aunque siguen perteneciendo a la institución medieval, se hacen llamar académicos, para adornarse, como antes se adornaron llamándose clérigos.

Se ha dicho que, después del apogeo del siglo XIII, las universidades medievales declinan. Jacques Verger (*Les universités au Moyen Age*) arguye que, más bien, se orientan a “la participación creciente de los universitarios en el desarrollo universal de las burocracias eclesiásticas y laicas”. Ya en el siglo XIV, la mitad de los cardenales tenía grados universitarios, sobre todo en derecho. Entre los altos funcionarios de la curia, la proporción era mayor. Después, los universitarios se apoderan, no sólo de la

Iglesia, sino del Estado; y, finalmente, de las grandes empresas. El deseo de ascender a la verdad más alta desemboca en ascensos a puestos cada vez más altos.

La culminación de este proceso es la universidad millonaria, que no sólo vende las credenciales, identidad y legitimidad que demandan las burocracias y su personal, sino que se vuelve burocracia, y la más legítima de todas, porque es santa: supuestamente dedicada a la *bios theoretikós*. Disfrazándose de académica, domina el mercado del saber para subir.

3. DE BAGDAD A FLORENCIA

Imperios sucesivos. Los navegantes griegos colonizaron las costas del Mediterráneo y el Mar Negro. Los militares macedonios (Filipo y su hijo Alejandro) extendieron estos dominios al oriente, sometiendo al Imperio Persa. Todo quedó después bajo el Imperio Romano, que se extendió al occidente, sin conquistar a los germanos, que ocupaban el norte de Europa, y acabaron invadiéndola.

Las tribus de germanos fueron llamadas bárbaras hasta hace poco, cuando apareció la confusión entre el respeto a todas las culturas y el hecho de que no todas tienen el mismo nivel. Todavía Henri Pirenne (*Historia de Europa*) podía escribir tranquilamente: "No es, pues, exacto afirmar que el mundo romano se germanizó. Se barbarizó, que no es lo mismo". Había un desnivel entre la cultura del Imperio y los bárbaros; y, dentro del Imperio, entre la parte occidental y la oriental, cuna de grandes culturas mesopotámicas, egipcias, griegas, persas, judías y cristianas. Esto favoreció el separatismo de ambas partes, reforzado por las luchas de sucesión y las dificultades de control sobre dominios tan extensos.

La primera separación formal la hizo Diocleciano en 286. Nombró a su general Maximiano emperador de Occidente, y se quedó con lo mejor: la parte oriental. Así empezó de hecho el Imperio Bizantino. Constantino reunificó el Imperio (330), pero ya no con sede en Roma, sino en la antigua ciudad de Bizancio, que llamó Nueva Roma, pero fue conocida como Constantinopla (hoy Estambul). Además, aunque no era cristiano (su madre lo fue), puso el Imperio bajo el signo de la cruz, que decía haber visto en el cielo, como señal de triunfo, en una batalla. Buscó y obtuvo el apoyo de los cristianos, entonces casi todos en las ciudades de la parte más culta del Imperio. Y, siguiendo la tradición del emperador que es también sumo pontífice, pretendió encabezar la Iglesia y el Estado, como

todavía sucede, de manera simbólica, en la Iglesia Anglicana y el antiguo imperio Británico.

Jesús y los apóstoles hablaban arameo (una lengua afín al hebreo, el fenicio y el árabe, que había desplazado al hebreo), pero la primera cristianidad fue de judíos helenizados. La Biblia de Jerusalén señala influencias del estoicismo griego en el *Eclesiastés* (siglo III a. C.); referencias a Alejandro, Antíoco y los Tolomeos en *Daniel* (siglo II a. C.); además, naturalmente, de que los *Macabeos* están escritos en griego y se refieren a las luchas judías contra los Seléucidas (que, como los Tolomeos, heredaron parte del Imperio de Alejandro). San Pablo predica en griego a los judíos de la Diáspora, cita autores griegos (Epiménides y Arato), trata de convertir a los magistrados griegos en el Areópago de Atenas. Si alguien puede ser llamado fundador de Occidente, es él: un judío que piensa en griego, está orgulloso de ser ciudadano romano y da a la fe cristiana una apertura metacultural que asume y rebasa cualquier particularismo.

El Nuevo Testamento está en griego, y en griego escriben los primeros Padres de la Iglesia que integran la discusión teórica (y las disputas teológicas) a la fe. La apertura es tan amplia que Tertuliano, uno de los primeros teólogos en latín, llega a temer que el cristianismo se reduzca a un platonismo, y se indigna: “¿Qué tiene que ver Atenas con Jerusalén, ni la Academia con la Iglesia?” (Werner Jaeger, *Cristianismo primitivo y paideia griega*). A pesar de lo cual, san Basilio (que estudió en Atenas para profesor de retórica, se fue de ermitaño en Egipto y acabó en Cesarea como obispo) recomienda a los jóvenes leer a los clásicos griegos, y lo hace en un griego aticista, que recuerda el estilo de Platón (N. G. Wilson, *Saint Basil on Greek literature*).

Las invasiones bárbaras (de mediados del siglo III a mediados del V) hundieron el Imperio Romano en Europa y empobrecieron más aún su cultura. El griego desaparece hasta en los monasterios benedictinos, donde algunos copistas anotan: *Graecum est, non legitur* (ilegible, está en griego) o simplemente *graecum* (Charles Homer Haskins, *The Renaissance of the twelfth century*). El latín degenera en dialectos locales (que darán origen a las lenguas romances). Paradójicamente, la cultura que hoy se llama occidental debe su origen y salvación a la apertura oriental. En aquella parte del Imperio Romano que fue de Alejandro, el latín se aprendió y conservó como lengua administrativa y de cultura, sin abandonar el griego. Los letrados cristianos estudiaron, no sólo la Biblia, sino los clásicos griegos y latinos. Las incursiones bárbaras no fueron tan destructivas. Y, finalmente, la conquista islámica (siglo VII) resultó favorable, porque

los árabes no eran bárbaros. Se pusieron a estudiar a los griegos, como los romanos, pero además los continuaron, con una creatividad científica y filosófica que no tuvieron los romanos. El esplendor de Alejandría renació en Bagdad.

Suele llamarse Academia de Bagdad a la Casa de la Sabiduría creada por el califa Al Mamún (siglo IX). Pero no era una tertulia, como la Academia de Platón, sino un centro de investigación patrocinado por el poder, como el Liceo de Atenas y el Museo de Alejandría. Tenía sabios, poetas y músicos; colecciones de objetos, plantas y animales; biblioteca, observatorio astronómico, laboratorios alquímicos y de farmacopea. En Bagdad, se traducen al árabe todas las obras de Aristóteles y algunas de Platón. En Bagdad, renacen las tradiciones de Alejandría: las aristotélicas o empíricas (estudio de los cielos y de las sustancias, medicina, compilación de textos y filología) y las platónicas o especulativas (matemáticas, teología, poesía, mística). Hunáin ben Isaac (Hunayn ibn Ishac, 809-873), como Aristarco en la Biblioteca de Alejandría, recopila, compara, critica y edita manuscritos griegos (o traducidos del griego) en Egipto, Siria, Mesopotamia, aprovechando las bibliotecas de los monasterios orientales y su dominio del griego, sirio, persa y árabe (L. D. Reynolds y N. G. Wilson, *Scribes and scholars. A guide to the transmission of Greek and Latin literature*). El álgebra de Al Juarizmi en Bagdad hace dar un salto histórico al razonamiento matemático, como la geometría de Euclides lo hizo en Alejandría. Alkindi, Alfarabi, Avicena, Algazali, Averroes, ponen a Tomás de Aquino el ejemplo de una síntesis de fe y razón, basada en Aristóteles. Los poetas y teólogos árabes, inspirados en Mahoma (que tuvo nueve esposas y esperaba ser recibido por bellísimas huríes en el paraíso), construyen una conexión entre la mística y el amor, que rebasa la mística de Alejandría (neoplatónica), porque no excluye el amor humano (Lois Anita Giffen, *Theory of profane love among the Arabs*). La exaltación religiosa del amor pasa del Islam a la poesía trovadoresca, San Francisco, Dante, Petrarca, Ficino (Denis de Rougemont, *Amor y Occidente*).

Contra el lugar común de que el Renacimiento descubre a los griegos, puede argüirse que nunca desaparecieron y que inspiraron sucesivos renacimientos en Roma, el cristianismo primitivo, Bizancio, Bagdad, la España musulmana. Los árabes dan a la cristiandad latina el ejemplo de admirar, traducir, comentar y continuar la creatividad de los griegos, como en sus orígenes (olvidados) lo hizo la primera cristiandad. Esta recuperación suscita el renacimiento del siglo XII, tres siglos antes que en Florencia. Si volver a los griegos es renacentista, santo Tomás de Aquino fue

renacentista (Werner Jaeger, *Humanismo y teología*). También los teólogos, poetas y sabios de Bagdad.

Contra el lugar común de que la Edad Media fue una edad oscura, conviene recordar que el calificativo (inventado por Petrarca) fue interesado y tendencioso. Parecía definir todo un milenio, cuando no hacía más que ignorarlo, para atribuirse orígenes remontados a Atenas, milagrosamente renacidos. Hay que distinguir. Los siglos del desplome occidental bajo los bárbaros sí fueron oscuros; no tanto los de lenta integración de una nueva cultura latina; menos aún, el llamado Renacimiento carolingio del siglo IX (que fue una recuperación del latín clásico y el arte romano, más que de los griegos); y de ninguna manera los extraordinarios siglos XII y XIII, que inventaron el renacimiento permanente: el mito del progreso, por el cual Occidente se volvió el centro de la creatividad, el liderazgo y el poder imperial en el planeta.

Contra el lugar común de que el pensamiento moderno tira la escolástica a la basura y parte de cero, también hay que distinguir. Una cosa es rechazar la institución escolástica (orientada cada vez más a la formación profesional para las cortes y la Iglesia) y otra rechazar la creatividad del pensamiento medieval. La originalidad de Descartes (que subrayaba no citando a nadie) le debe mucho a las ideas escolásticas, como han mostrado detalladamente Étienne Gilson y Jean-Luc Marion. El mismo Descartes cuenta que se fue de Francia únicamente con dos libros: la Biblia y la *Suma teológica* de Tomás de Aquino (Stephen Gaukroger, *Descartes: An intellectual biography*). Lo que rechaza es la universidad: la institución interesada en las carreras y credenciales de saber, más que en la ociosa conversación amiga del saber. No quiso ser profesor. Prefirió el saber independiente del autor que se dirige al lector, en una especie de tertulia escrita.

El Renacimiento reencarna a los letrados independientes que dialogan entre los árboles y buscan la contemplación de la verdad y la belleza, no la carrera: recupera la Academia de Platón, contra la universidad. El Concilio de Florencia (1438-1445), organizado para volver a unir las Iglesias griega y latina, despertó en los florentinos el interés por el cristianismo griego, la búsqueda de una religiosidad más amplia y el entusiasmo por Platón (más que Aristóteles) como fundamento de una teología laica, que integre el *eros* griego y la caridad cristiana.

Hay en el pensamiento de Marsilio Ficino (*Sobre el amor. Comentarios al Banquete de Platón*) una religiosidad laica, que fue surgiendo y distanciándose de la clerical desde el siglo XII. Su antecesor es san Francisco,

que no quiso ser monje, ni sacerdote, ni profesor, sino juglar enamorado de toda manifestación de Dios. Frances A. Yates (*Les académies en France au XVI^e siècle*) llega a decir que “la filosofía del Renacimiento fue, en cierto sentido, más religiosa que la medieval, porque buscaba los rastros de la impregnación divina en todos los dominios del pensamiento y la experiencia”. La idea misma de un renacimiento “de los saberes de la Antigüedad estaba asociada, en los espíritus de la época, a nociones de regeneración religiosa”.

Cosme de Médicis, que maniobró para que la sede del Concilio estuviera en Florencia, se entusiasma oyendo el griego de los teólogos bizantinos como una lengua viva, se pone a estudiar griego y decide que ahí también renazca la Academia platónica, para lo cual entrega a Ficino su villa de Careggi (1452). A partir de esta fundación, de inmensa resonancia, se crean centenares de academias en Italia y el resto de Europa. Su propósito inicial era la contemplación (sin monasterio), como fin supremo de la vida: conversar, leer, escribir, pintar, hacer música; una vida contemplativa que, sin embargo, tenía el sentido práctico y hasta comercial de aprovechar las nuevas tecnologías de la imprenta.

Los humanistas del Renacimiento fueron editores: rescataban, cuidaban, traducían y editaban a los clásicos. Aldo Manuzio, que ha pasado a la historia como notable impresor, fue también el fundador de una academia que se daba el lujo de conversar en griego con los sabios del Imperio Bizantino en Venecia. Empezaron a llegar después del Concilio, cuando el Imperio Turco fue cercando al bizantino y, finalmente, tomó Constantinopla (1463). Con los refugiados, llegaron también muchos libros en griego de la cultura clásica, helenista y cristiana. Por segunda vez, en medio milenio, primero por España y Sicilia, ahora por Venecia y Florencia, el pensamiento griego transformado en teología llegaba de oriente y estimulaba un renacimiento.

La novedad del Renacimiento estuvo en leer directamente en griego lo que se había leído en latín, traducido del árabe. Aún más novedoso fue leerlo y comentarlo fuera de la universidad. Pero la novedad radical fue crear una alternativa a la institución escolástica: la institución editorial. La imprenta, no sólo apoyó la recuperación de la tertulia platónica, apoyó una nueva forma de vida pública, recuperada de la democracia griega: la república de lectores.

El Estado vio en el rechazo de los humanistas a la universidad, una oportunidad para reducir el poder de la Iglesia, y se lanzó al patrocinio de reales academias, como los Tolomeos y los árabes. Francisco I, animado

por el humanista Guillaume Budé, patrocinó una especie de antiuniversidad: el Colegio Real de Francia (1530), pronto atacado por la Universidad de París como un grupo de “simples gramáticos y retóricos”. Todavía en el siglo XIX, continuaba la guerra del Colegio contra “el monopolio universitario”. La creación del Colegio, sugerida desde 1517 (año del pronunciamiento de Lutero), se había retrasado porque Francisco I quería empezar con una carta fuerte: la cátedra de Erasmo, que finalmente no aceptó (Marcel Bataillon, *Le Collège de France*).

Erasmo, un siglo antes que Descartes, prefirió ser autor que profesor. Dedicó gran parte de su vida a trabajos editoriales. En su opinión, un empresario como Aldo Manuzio estaba haciendo algo más importante que las reales academias: Aunque la Biblioteca de Alejandría fue una maravilla, sus lectores eran príncipes y sabios dentro del palacio. En cambio, “Aldo está construyendo una biblioteca abierta a todo el mundo” (*Festina lente*). Manuzio había lanzado comercialmente ediciones precursoras de los Penguin Classics: buenas, bonitas y baratas. Erasmo lo celebra en una carta del 28 de octubre de 1507: Muchas veces he deseado que tus ediciones griegas y latinas te diesen tantas ganancias como el lustre que tu imprenta les da. Pero, al menos, puedes estar seguro de que, mientras haya lectores, tu nombre quedará.

Lutero, que había sido monje agustino, profesor universitario y amigo de Erasmo, puso en evidencia el potencial revolucionario de la institución editorial, cuando su texto contra el mercado de las indulgencias, famosamente clavado en la puerta de la catedral de Wittenberg (1517), tuvo una difusión más eficaz: circuló profusamente como panfleto impreso. Además, consagró literariamente la lengua cotidiana traduciendo la Biblia al alemán, que resultó un *bestseller*. Se casó, como los teólogos árabes. Y, lo más revolucionario de todo: abogó por la lectura libre, hizo de cada lector un intérprete no sujeto a la interpretación doctoral.

Los letrados independientes crearon una especie de sociedad civil del saber, un nuevo espacio de la vida pública por medio de la imprenta, que fue creciendo del Renacimiento a la Reforma a la Revolución: el lector que no lee para hacer carrera, sino por gusto, el autor sin cátedra, el saber fuera de la universidad, la contemplación fuera del monasterio, la religiosidad laica, la tertulia intelectual.

4. INSTITUCIONES DE LA CONVERSACIÓN

De la vida cotidiana se pasa a la conversación como haciendo una pausa. Es un tiempo distinto, contemplativo. Salimos del mundo en el que estamos sumergidos, como el nadador saca la cabeza, o el caminante se detiene, para situarse o maravillarse. La experiencia es de libertad: desconecta de las presiones inmediatas y recrea. Ser en ese momento es una plenitud, dan ganas de quedarse ahí para siempre.

Entre las muchas formas de convivir, ésta parece la culminación del *homo sapiens*. Comunicándose, la vida sube a más, toma conciencia de su propia realidad, sumergida en la realidad. En sus grandes momentos, la conversación es una comunidad en éxtasis. Puede ser una fiesta creadora de actos elocuentes, un manantial de añoranzas, deseos, visiones y proyectos.

¿Cómo vivir en ese nivel? ¿Cómo transformar la realidad en éxtasis compartido, o al menos instituir lugares y momentos para vivir así? No han faltado iniciativas, desde la prehistoria: cantar, bailar, jugar, reunirse junto al fuego y contar maravillas. Quizá la conversación empezó, precisamente, como el fuego: cayó del cielo y asustó, hasta que fue volviéndose un hogar de la tribu, un espacio acogedor y esclarecedor, donde la vida era más vida. Pero, ¿se puede instituir el éxtasis, organizar la inspiración? Las instituciones apagan la animación que les dio origen. Y, sin embargo, cayendo nuevamente del cielo o avivándose entre las cenizas, las conversaciones renacen, una y otra vez.

Hay muchos tipos de comunidades en éxtasis: las voces y el tam tam de la tribu en el trabajo rítmico, el coro, la liturgia, el teatro, la arenga carismática, los juegos, el jazz improvisado, la mutua comprensión, el amor recíproco y, desde luego, la conversación. Sin olvidar los éxtasis extraviados: la orgía, la quema de brujas, el motín. También hay muchos tipos de conversación, con formas de intelección (chismes, anécdotas, mitos, refranes, teorías y discusiones) que sirven para explicarse y criticar la realidad, para añorar mejores tiempos o soñar en un futuro mejor.

Claro que lo mejor está en ese lugar y momento. La conversación realiza (en la conversación) lo que añora o sueña (en la realidad). Produciéndose, produce, construye, educa, divulga, celebra, libera. Hace el mundo habitable y la vida vivible, sin más. Aunque puede inspirar, naturalmente, la extensión del éxtasis a la vida cotidiana, la construcción de un mundo mejor.

Algún Max Weber de la conversación debería fijar tipos ideales y documentar sus formas, para estudiarlas sin perderse en las confusiones (léxicas, conceptuales, casuistas) de su evolución. Debería separar instituciones afines. De la conversación nacieron, por ejemplo: la tertulia, la academia, el monasterio, la universidad, la imprenta.

Debería comparar formatos: por ejemplo, de las tertulias en el ágora de Atenas, el parque de Akademos, las termas romanas, los gimnasios, las peregrinaciones a la Meca, los atrios medievales, los pasillos, las antessalas, los lugares de estudio y de trabajo, los cafés, las cantinas, así como los lugares abiertos a la recepción social en palacios y casas.

O investigar temas especiales, como el género. ¿Qué institución era la de Safo: una tertulia de mujeres, una *finishing school*? ¿Cuál era el papel de Cleopatra en los coloquios del Museo de Alejandría? De santa Marcela (354-411) en su palacio del Aventino, donde se reunía con otras patricias romanas para hablar de lo que leían en latín, griego y hebreo. De Sukayna (671-736), biznieta de Mahoma, que abrió un salón de poetas en su casa y no usaba el velo (Fatima Mernisi, *The veil and the male elite*). De Leonor de Aquitania, protectora de poetas y artistas en la corte más brillante del siglo XII. De Cristina de Suecia, que le encargó a Descartes el proyecto de una academia, realizado finalmente en Roma y continuado por sus amigos como Accademia dell'Arcadia (hoy Accademia Letteraria Italiana). De las grandes damas francesas que inventan los salones literarios de los siglos XVII y XVIII.

La tertulia nace de la cultura oral y la prolonga, pero el tipo ideal debe situarse (por comodidad) en los tiempos de la cultura letrada: en las reuniones de personas que leen. (Sería difícil estudiar las formas prehistóricas, aunque siguen vivas de muchas maneras.) Especialmente, cuando aparece la discusión crítica de las ideas tradicionales sobre el mundo, la vida y la conducta. Especialmente, en aquellos grandes tertuliantes que fueron Sócrates, Platón y Aristóteles. Pero ignorando (por ignorantes, no por otra cosa) las tertulias budistas y confucianas.

La conversación socrática puede ser llamada tertulia, aunque no tuvo la continuidad de la platónica: reuniones de los mismos amigos, en los mismos lugares; cierta vaga colegialidad que, al paso de los años y los siglos, se transforma en instituto, se vuelve escuela. Toda interlocución sostenida durante muchos años genera mutuas influencias, perfila afinidades y contrastes, hace escuela. Pero ya es otra cosa recibir novicios y formarlos, cobrándoles o no: operar una escuela, un gimnasio intelectual donde se

hagan ejercicios y se impartan conocimientos. De unas instituciones salen otras.

Platón recreó las conversaciones de Sócrates, pero nadie hizo lo mismo con las suyas. Tiende a suponerse que eran semejantes, pero no se sabe realmente cómo eran, ni cómo se llegó de la conversación socrática a la tertulia más organizada que fue la Academia, ni cómo la Academia se volvió centro de enseñanza. En todo caso, cuando los sucesores de Platón convierten su carisma en institución pedagógica, se alejan de la tertulia. Prefiguran la escuela de novicios que ya aparece en la Regla de San Basilio (siglo IV), un admirador de Platón, que se fue de ermitaño y acabó como obispo fundador de repúblicas platónicas: los conventos.

El convento puede ser una comunidad en éxtasis a la hora de cantar o celebrar, pero no es una tertulia (aunque la palabra *convento* significó 'reunión' o 'convención' de solitarios que conviven la palabra divina). Tiene más elementos comunes con la universidad: el campus (sobre todo si los profesores y estudiantes viven ahí, como los monjes y novicios), que define el territorio de una especie de ciudad-Estado aparte, una república ideal con fueros; el documento constitutivo, la reglamentación, las jerarquías, los requisitos de admisión y permanencia; los ritos iniciáticos (como la tonsura de novicios, que pasa del convento a la universidad medieval y persiste en la práctica de las novatadas estudiantiles); la lectura, las bibliotecas y los libros de texto, los horarios, aprendizajes, disciplinas, caminos de perfección y graduaciones; el uso de la toga; la identificación con el hábito o camiseta del alma mater, la adhesión a las opiniones y prácticas autorizadas, las convicciones de superioridad, el desprecio del mundo (el mercado, los negocios, la política), el paternalismo hacia el común de los mortales (necesitados de redención) y hasta la palabra *claustro*.

Aristóteles transforma la tertulia en otra dirección: la colegialidad patrocinada, que reaparece en Alejandría, en Bagdad y en las reales academias de las monarquías europeas. A pesar de su dependencia del poder, en estas academias hay un fuerte sentido de colegialidad que recuerda la tertulia y su estructura horizontal, igualitaria, de pequeña escala. Cuando Cristina de Suecia visitó la Academia Francesa, preguntó si la reunión sería de pie, y le explicaron que no; que, desde los tiempos de Ronsard, en la tertulia de Saint-Victor, que Carlos IX visitó varias veces, los académicos se sentaban, como el rey (Frances A. Yates, *Les académies en France au XVII^e siècle*).

Como institución, la real academia está en un punto medio entre la tertulia y la universidad. La libertad, igualdad y estructura horizontal son máximas en la tertulia, mínimas en la universidad. Las jerarquías, estructura vertical, número de participantes, formalización de procedimientos y presupuestos son máximos en la universidad, mínimos en la tertulia. La tertulia es el logos ácrata, personal, coloquial. La universidad es el logos burocratizado, impersonal, reglamentado.

Lo peculiar de las tertulias de café salta a la vista por comparación. Participantes: amigos muy opinadores, que analizan el mundo a su leal saber y entender. No es un coloquio de especialistas, ni una discusión entre desconocidos, ni una charla de amigos sobre su vida personal. Número: varios (no es una conversación entre dos), pero no tantos que la conversación se fragmente en grupos (como sucede en las recepciones y cocteles). Duración: cuando menos una hora (no es una conversación de paso, breve o apresurada). Puntualidad: elástica. Regularidad: no es una sola reunión, convocada para discutir tal o cual cosa, ni una reunión casual, sino habitual (en el mismo lugar, los mismos días, a las mismas horas, las mismas personas), aunque tampoco es parte de un ciclo, curso o seminario. Libertad: las reuniones no son obligatorias, todos opinan de todo, no hay agenda, autoridad ni moderador que fije temas, dé la palabra, silencie, haga resúmenes, formule conclusiones o entregue diplomas. Formalidad: ninguna, nadie va como representante de algo o de alguien, sino por su cuenta; no hay figura jurídica: nombre registrado, estatutos, actas, votaciones, mesa directiva, categorías de miembros, obligaciones, derechos, procedimientos de admisión y expulsión. Lugar: generalmente público, pero no de cara al público (como las mesas redondas). Propósito: ninguno, fuera de conversar, sostenidamente (por un buen rato, por enésima vez). Consumo: ligero, pero no de pie (no es un banquete, ni un coctel). Presupuesto: ninguno, cada participante paga su cuenta, y, si llega a haber un patrocinador, se limita a pagar el consumo. Nadie cobra ni paga por asistir o pertenecer a la tertulia.

Las primeras academias europeas fueron tertulias de renacentistas que leían, escribían, editaban, hacían música, pintura, escultura. Ahora son llamadas “enciclopédicas”, porque ya no se entiende, ni se sabe cómo llamar, la convergencia de todo en la plenitud. Se confunde con la imposible acumulación de especialidades, porque la universidad (y el mercado) impusieron la perspectiva monográfica de los especialistas. Si el único saber es el monográfico, cualquier otro saber es deficiente y despreciable,

como el diletantismo de los “hombres del Renacimiento” o los “filósofos” de la Ilustración.

Las academias renacentistas nacieron como tertulias, contra la universidad; pero, así como el cristianismo que combatió al Islam se islamizó en las cruzadas, las academias tendieron a especializarse y formalizarse, como si tuvieran intereses profesionales. En 1582, apareció la primera academia de la lengua (Accademia della Crusca), para dar a la lengua vernácula (el toscano) una dignidad competitiva con el latín universitario. Después aparecieron las de derecho, ciencias, artes. Y ahora abundan las academias de especialidades extremas, paralelas a los centros universitarios, a los cuales sirven como lugares de encuentro, prestigio y relaciones públicas.

El prestigio de las academias tuvo un efecto perverso en su independencia. Los profesores universitarios las fueron infiltrando, porque ganaban puntos curriculares en el mercado de los servicios profesionales (si ejercían una profesión independiente) o en la competencia para ascender en la institución que realmente les importaba: la burocracia universitaria, eclesiástica, estatal. Los primeros infiltrados abrían la puerta a otros, y su peso creciente culminaba en el pleno control, con aspectos positivos, como poner al servicio de la academia los recursos de la institución poderosa. Así, las burocracias se fueron apoderando de muchas academias, como en el mundo de los negocios: por razones de sinergia corporativa. En algunas llega a ser perfectamente sabido que las elecciones para admitir nuevos miembros, nombrar a un director o tomar una decisión importante, están orquestadas por un alto personaje de tal o cual universidad o institución externa.

Esta hegemonía se reforzó con los profesores de tiempo completo. A diferencia de los abogados, médicos y otros especialistas independientes que viven de su profesión y atienden una cátedra universitaria para servir a su gremio, prestigiarse y reclutar ayudantes prometedores, los investigadores y maestros de tiempo completo son asalariados dependientes, que en muchos casos tienen que someter a sus superiores lo que van a enseñar o publicar. Pero con la ventaja (que no tienen los independientes) de verse a todas horas en el mismo lugar y disponer de instalaciones, recursos, ayudantes y tiempo (todo pagado por la institución) para grillar y promover sus carreras.

El Estado también puede intervenir, ya sea por invitación de la misma academia, para desarrollar proyectos que van más allá de la simple tertulia (y, por lo tanto, requieren presupuesto); o por suspicacia del Estado,

que puede temer que las reuniones de personas notables y prestigiadas se vuelvan peligrosas.

Cuando Richelieu se enteró de que algunos escritores llevaban años de reunirse en una tertulia, temeroso de una conspiración, elogió sus reuniones y les ofreció patrocinarlas con un proyecto por demás deseable: preparar un diccionario de la lengua francesa y “consagrarse a perfeccionarla, para ser digna sucesora del griego y el latín”. El cardenal tenía fama de encarcelar y ejecutar sin juicio a presuntos opositores, lo cual pesó para que aceptaran la generosa oferta de convertir su tertulia en la Academia Francesa (1635), que desde entonces forma parte del Estado (Pierre Gaxotte, *L'Académie Française*).

La nobleza fue menos dócil. El mismo cardenal, enterado de las reuniones que organizaba la marquesa de Rambouillet en su famoso salón azul, le envió al padre Joseph, su eminencia gris, para que le informara sobre las posibles intrigas de dos de sus invitados. Admirablemente, la marquesa le mandó decir que no era su espía (Benedetta Craveri, *L'âge de la conversation*).

También pueden intervenir otras burocracias: eclesiásticas, empresariales, sindicales, partidistas, con el mismo efecto. En todos los casos, el intercambio de apoyos (legitimidad, prestigio, presupuesto) crea dependencias verticales; que son ajenas, cuando no opuestas, a la estructura horizontal de la tertulia: el libre intercambio de opiniones.

La subordinación vertical, contrapuesta a la estructura horizontal, no sólo se da en las academias patrocinadas, sino en la misma universidad, y doblemente. Primero, cuando la tertulia se transforma en cátedra. En la tertulia, como en la vida, todos nos educamos a todos. Pero la cátedra es vertical: el que aprende está subordinado al que enseña. Y, cuando se integran centenares de cátedras, la primera verticalidad (escolar, de un solo nivel) queda sumergida en otra (burocrática, de niveles jerárquicos sucesivos).

Las primeras universidades, como todos los gremios en el mercado medieval, organizaron conjuntos de microempresas: cátedras independientes. Cada maestro operaba por su cuenta: tenía su método, horario, lugar de enseñanza y tarifa, que cobraba directamente a sus alumnos. La primera organización fue, por eso, horizontal, aunque puramente práctica: no la interlocución desinteresada entre iguales, sino la mutualidad cooperativa de estudiantes (Bolonia) o maestros (París) que tienen intereses comunes y se asocian para contratar servicios educativos bajo reglas comunes.

Pero la escala es determinante. Un cuarteto de cuerdas puede funcionar como una tertulia, una orquesta necesita un director. El crecimiento puramente horizontal se vuelve insostenible, y lleva al crecimiento vertical. Por eso, los que buscan el poder, los ascensos, las carreras, buscan el crecimiento de las instituciones, aunque sea artificial, para verse obligados a piramidar (y mejorar su posición personal). Pero, una vez que adoptan la forma del poder externo, facilitan su intervención. Las universidades empiezan como cooperativas horizontales, pero acaban como burocracias piramidales, subordinadas a otras: eclesiásticas, políticas, sindicales, empresariales.

A pesar de lo cual, hasta en las academias patrocinadas y las universidades megalómanas, puede caer del cielo o renacer de las cenizas lo mejor de la tertulia: la simple y sabrosa conversación inteligente.

